

En Espíritu Santo y fuego

“El os bautizará en Espíritu Santo y fuego”. Bautizarse es sumergirse en el agua para purificarse, para dejar atrás una vida vieja y renovarse con la lozanía de un buen baño. La llegada del que viene como salvación definitiva de Dios para los hombres, Jesucristo, pone en marcha todo un movimiento de arrepentimiento, de conversión, de renovación personal y comunitaria. “Preparad el camino del Señor”.

Alguien se atrevió a decir que el grito revolucionario, que ha transformado el mundo, ha sido “Proletarios del mundo entero, uníos”. Es un grito que brota del marxismo. Ese grito ha sembrado en la historia reciente de la humanidad odio y destrucción, lucha de clases y enfrentamiento. Ese grito ha quedado sofocado por el rotundo fracaso del marxismo verificado en la historia, incapaz de conducir al hombre a un progreso integral.

El grito que, sin embargo, ha transformado realmente el mundo es: “Pecadores del mundo entero, convertíos”. Es el grito de un Dios con entrañas de misericordia y de perdón, deseoso de restaurar al hombre roto por su extravío. Es el Dios que en las distintas etapas de la historia se dirige al hombre para llevarlo a la plenitud. Este es el grito de Juan el Bautista, que prepara los corazones para la venida del Señor.

Juan Bautista nos invita a la conversión, a la penitencia, a señalar con nuestra vida quién es el salvador del mundo, Jesucristo, el cordero que quita el pecado y nos hace hijos de Dios. Juan el Bautista nos lo anuncia con su vida penitente y austera, con la humildad de quien señala a Otro e impide que la gente se quede con él. Sólo en Jesucristo hay salvación, porque solamente él es Dios como su Padre y hombre como nosotros. Todas las demás propuestas de salvación se quedan a medio camino, aunque tengan elementos de verdad en su discurso. Sólo en Jesucristo el hombre es divinizado, llega a ser plenamente hombre.

Esta vida que nos trae Jesús entra en el corazón de quien le acoge como el fuego que enciende, transforma, purifica e ilumina. Es el Espíritu Santo, amor personal de Dios, que Jesús derrama en nuestros corazones. “He venido a traer fuego a la tierra, y estoy deseando que arda”. La venida de Jesús en la noche santa de la Navidad será como un incendio de amor, que quiere desterrar todo egoísmo de nuestro corazón. Será como un fulgor de luz en la noche de los tiempos, que conduzca nuestros pasos por los caminos de la paz. La noche santa de la Navidad, que se acerca, nos invita a convertirnos a Dios, dejando a un lado las obras de las tinieblas y del pecado. Escuchemos el grito del Bautista: “Pecadores del mundo entero, convertíos”.

+ Demetrio Fernández, obispo de Tarazona
09.12.2007